

Tesis maestría en periodismo
La Nación / Di Tella
Juan Carlos Pérez-Duthie
2005

Investigación: Los olvidados de la dictadura

Tres estadounidenses desaparecieron durante el Proceso

Por primera vez se dan a conocer los casos y sus historias

- **Sobrevivieron otros norteamericanos detenidos**
- **De 1976 a 1983 la Argentina negó tener información**
- **La Embajada de EE.UU. sigue hasta hoy en silencio**

Tutor: Hugo Caligaris

... cuando sea que se le informe al Presidente que cualquier ciudadano de los Estados Unidos ha sido injustamente privado de su libertad por o bajo la autoridad de cualquier gobierno foráneo, será el deber del Presidente exigir de ese gobierno las razones para tal encarcelación...

Acta de 1868 (EE.UU.),
Concerniente a los
derechos de los ciudadanos
norteamericanos en otros países,
aún vigente

Goles para los vivos, fosas para los muertos

El último día de su corta visita a la Argentina, un nublado 25 de junio de 1978, Henry Kissinger, ex secretario de Estado de los Estados Unidos de América (1973-1977), se regodeaba con la satisfacción del maestro que sabe que su pupilo ha triunfado porque siguió sus consejos al pie de la letra.

Kissinger, su pinta de académico sabelotodo intacta, presenciaba junto a unas 80.000 personas el partido final entre las selecciones de la Argentina y Holanda por la XI Copa Mundial de Fútbol, el Mundial 78, en el Estadio Monumental de Núñez.

“Este es un país que tiene un gran futuro a todo nivel”, decía el diplomático a los medios durante su estancia en Buenos Aires.

Esa mañana del domingo del partido final, Kissinger había visitado una exposición ganadera en la Sociedad Rural de Palermo, y nada, ni siquiera la amenaza de lluvia, podía aguarle el día. Vestía traje gris e impermeable y llevaba una escarapela argentina en la solapa.

Este, sin duda, no era el invierno del descontento del Dr. Kissinger.

Lo era, sin embargo, para miles y miles de familias argentinas que sufrían los efectos de la brutal represión desencadenada por el gobierno militar que regía al país desde 1976. Gobierno que se había dado a la tarea mesiánica de combatir a los “enemigos de la Nación”, o a quienes simplemente no estaban de acuerdo con su visión anticomunista y procrisiana, patriótica y nacionalista, de lo que debía ser la Argentina.

Lo era también para decenas de familias de extranjeros, las que incluían ciudadanos estadounidenses, situación que funcionarios de los Estados Unidos y de la Argentina trataron sin alboroto por vías diplomáticas y sin llamar la atención de los medios.

Esta es la historia que no se ha contado de tres de estos norteamericanos.

En ese mismo triste invierno, los familiares de Billy Lee Hunt y de Jon Pirmin Arozarena, ciudadanos estadounidenses que habían desaparecido forzosamente en 1977, no tenían nada que celebrar. Ningún gol, ninguna victoria, podía hacer mella en el dolor que sentían los Hunt y los Arozarena. Igual sucedería tres años más tarde con la familia de Toni Agatina Motta, que desaparecería en 1980.

Tanto durante su gestión pública como en su viaje privado a la Argentina, invitado personalmente por el presidente de la Nación teniente general Jorge Rafael Videla, Kissinger, al rehuir el tema de los derechos humanos, le huía también al incómodo asunto de los norteamericanos desaparecidos y otros ciudadanos de EE.UU. detenidos y / o torturados (Patricia Ann Erb, Gwenda Mae Loken López, las hermanas Marta Alicia y María Susana Panero, el padre James Weeks, Olga Talamante; Chris Anna Olson Oliva, baleada por policías en Córdoba; Dan Swanson, detenido en Santiago del Estero en 1975; y John Patrick Egan, agente consular de Estados Unidos en Córdoba, asesinado por el grupo guerrillero de izquierda Montoneros en 1975).

El ejemplo de Kissinger lo seguiría, por diversas razones, la mayoría de los diplomáticos de Estados Unidos concedores de los casos. Y con los años, Hunt, Arozarena y Motta, pese a los esfuerzos de sus seres queridos, quedarían en el olvido.

Derrota para la democracia

En el cierre del Mundial 78 acompañaron a Kissinger no sólo su esposa Nancy y su hijo David, sino los comandantes de la Junta Militar – Videla, el almirante Emilio E. Massera y el brigadier general Orlando R. Agosti – que habían tomado el poder el 24 de marzo del 76, liquidando con cuidadosa planificación y sin acción violenta al gobierno democrático de la ex bailarina María Estela Martínez, mejor conocida como Isabelita, viuda de Juan Domingo Perón. Con este “golpe de caballeros”, como lo habían denominado algunos, se iniciaba el Proceso de Reorganización Nacional en el país.

Representada por monseñor Juan Carlos Aramburu, la Iglesia católica también vitoreaba junto a Kissinger a los jugadores argentinos en el partido final del Mundial. Compartía la

ocasión además el embajador de los Estados Unidos en la Argentina, Raúl Castro (1977-80), en cuya casa se hospedaba Kissinger.

Castro representaba al presidente demócrata Jimmy Carter (1976-1980), quien por primera vez en la historia estadounidense había hecho de los derechos humanos el pilar de la política exterior de la nación. Y Castro, diplomático nacido en México, era la voz de esos intereses en la Argentina, donde se libraba una encarnizada lucha supuestamente para defender a los ciudadanos en el marco de un régimen asfixiante y represivo.

“Eran tiempos difíciles, en los que se vivía con bastante temor”, rememora en inglés el antiguo embajador, hoy de 88 años, desde su hogar en el estado de Arizona. “La mayoría de los norteamericanos tenía miedo, pero no había muchos, unos 5.000 a lo sumo en todo el país, y solían quedarse en sus casas por las noches”.

Los días que compartieron Castro y Kissinger, continúa el también ex gobernador de Arizona y Embajador de EE.UU. en Bolivia, no se emplearon para hablar de los derechos humanos simplemente porque el antiguo secretario de Estado rehusaba hacerlo. “Hablamos de cosas como por qué, con todos los años que él llevaba en Estados Unidos, no había perdido su acento, mientras que yo, con el mismo tiempo acá, sí”, afirma Castro.

Ya bastante había tenido Kissinger con el anterior embajador estadounidense en Buenos Aires, el fenecido Robert Hill, conservador anticomunista del Partido Republicano que, a pesar de ser injustamente criticado por sectores de la izquierda argentina, supo reconocer que la Junta pretendía imponer sus ideales sin importar cuánta sangre fuera derramada.

Una y otra vez, Hill, según demuestran documentos desclasificados por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, alzó la voz de alarma, sólo para ser silenciado por Kissinger. (Un documento obtenido por The National Security Archive, de George Washington University, en Washington, DC, y dado a conocer en 2004, revela además que Kissinger le dijo al canciller argentino, almirante César Augusto Guzzetti, en 1976,

referente a la “Guerra Sucia”, que se apurara con lo que tenía que hacer para lograr sus objetivos).

El panorama de tensión entre Kissinger y Hill lo contradice sin embargo un amigo de los dos, el veterano diplomático argentino Arnaldo Musich, quien fuera embajador en Washington, DC durante los duros meses iniciales del Proceso en 1976.

“Soy amigo de Henry Kissinger. Tengo mucha confianza en él y no creo que haya tenido ningún elemento de censura hacia Hill. Lo apoyó”, sostiene Musich en Buenos Aires. “Lo que trasuntaba era una relación de embajador a secretario de estado y viceversa que era muy buena”.

¿Contaba Hill con apoyo dentro de la administración?

“No lo sé”, dice Musich. “No me corresponde a mí juzgar si Hill tenía el favor del gobierno o no”.

Kissinger, según se desprende de la documentación desclasificada, se mostraba complacido con los avances hechos por las fuerzas armadas argentinas en contra de la llamada subversión de izquierda que, en la visión de los halcones del gobierno de los Estados Unidos, y acorde con la de sus colegas argentinos, había amenazado con llevar a la Argentina por el rumbo del Chile socialista de Salvador Allende.

El “problema” de Allende, por supuesto, había sido resuelto satisfactoriamente para Kissinger con un golpe de estado en 1973 (donde también hubo un célebre desaparecido norteamericano, el periodista Charles Horman), orquestado en gran parte, como se probaría años después, por los Estados Unidos.

Los americanos malos

¿Cómo es posible que los casos de los tres norteamericanos despertaran tan poco interés en la Embajada de los Estados Unidos en la Argentina?

“No me sorprende, porque éstos no eran considerados *buenos* americanos, sabés, entre comillas”, dice el activista belga de derechos humanos radicado en la Argentina Juan De-Wandelaer, quien trabaja desde hace más de una década para la Fundación Serpaj (Servicio de Paz y Justicia), organización social de inspiración cristiano-ecuménica que aboga por la no violencia y por el reconocimiento pleno de los derechos de la persona y de los pueblos.

De-Wandelaer, en el edificio de Serpaj en la calle Piedras, viste pantalones hasta las rodillas y lleva el cabello corto al frente con una trencita atrás. Conoce los casos de los ciudadanos norteamericanos y destaca que en 1997 la Fundación que creó el premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel envió una carta al entonces presidente Bill Clinton para tratar de generar algún interés por estos desaparecidos.

“Nunca tuvimos respuesta. De nadie”, afirma el activista en buen castellano.

El diplomático estadounidense Tex Harris, encargado en la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires de la política de derechos humanos del presidente Carter de 1977 a 1979, explica durante una visita a esta ciudad en noviembre del 2004 – cuando fue declarado “Huésped de honor” por el jefe de gobierno porteño Aníbal Ibarra y condecorado por el canciller Rafael Bielsa – por qué no llegaron a él los casos de los estadounidenses desaparecidos.

“Como se trataba de ciudadanos de los Estados Unidos, sus desapariciones le competían al equipo consular de la Embajada, que se ocupaba de los pasaportes, visas, seguridad, todo lo referente a los americanos”, indica Harris en un hotel del centro. “Yo estaba en la sección política, tratando de obtener una visión más amplia”.

Con gruesos anteojos y gorra deportiva, altísimo, de carácter bonachón y locuaz, Harris, de 66 años, y acompañado por su esposa Jeanie, recuerda lo que pudo hacer por las familias afectadas: “Abrimos la Embajada, dos horas todos los días, para que los argentinos pudieran venir a contarnos lo que ocurría”. Y lo que ocurría era algo que el

hoy secretario de la Asociación de Diplomáticos Norteamericanos jamás imaginó en su peor pesadilla.

El fichero de la muerte

Junto a su asistente argentina Blanca Vollenweider, Harris armó un fichero en el que se fueron anotando en tarjetas de cartón, sin la ayuda de computadoras, los historiales de cada caso, pertenecientes a unas 13,500 familias.

“Yo los recibía primero [a los familiares], les tomaba los datos y los pasaba a Tex Harris”, recuerda Vollenweider, de 88 años, en su departamento de la Avenida Santa Fe. “A todas las personas que venían, se les preparaba una tarjetita. Yo hacía copias y las mandaba a Estados Unidos. Adónde fueron a parar, no sé”.

Harris encontró que el gobierno argentino había desatado una operación de terrorismo de Estado, que se manifestaba en su más sangrienta expresión mediante operativos que hacían “desaparecer” o que “chupaban” enemigos reales e imaginarios.

“Hubo locos tanto en la izquierda como en la derecha”, analiza el diplomático. “Pero lo de la derecha fue atroz”.

La información enviada a Washington, DC, prosigue Harris, enseguida causaba disputas entre quienes abogaban por medidas más serias contra el gobierno argentino, funcionarios como Patricia Derian, secretaria de Estado Adjunta para Asuntos de Derechos Humanos durante la administración de Carter que viajó a la Argentina y se enfrentó a los comandantes, y quienes intentaban mantener en buen estado las relaciones comerciales entre los dos países.

Entre estos últimos estaban, según Harris, la Agencia Central de Inteligencia (CIA), el Pentágono y la Secretaría de la Sección Económica y Comercial de la Embajada de EE.UU. en la Argentina. Harris vivió con frustración e incredulidad esas presiones dentro de la misma embajada.

Sin mucho apoyo, y agobiado por las tensiones, Harris regresó a Estados Unidos, sólo para ver su carrera diplomática troncharse durante décadas. El tiempo, sin embargo, le daría la razón y sería reivindicado públicamente.

Los familiares de Hunt, Arozarena y Motta, por desgracia, nunca tuvieron la oportunidad de llevarle sus historias al texano, y recibieron muy poca asistencia por parte de otros empleados a los que acudieron con desesperación.

El ex embajador Castro alega que nunca escuchó sobre estos casos en específico, ya que, según su apreciación, los ciudadanos norteamericanos en la Argentina se mantenían al margen de la situación política del país “y no causaban problemas”.

Pero para quienes secuestraron e hicieron desaparecer a Hunt, a Arozarena y a Motta, claramente sí representaban algún tipo de inconveniente.

El galán del rock

Entre los estadounidenses, no importa el lugar del mundo en el que se encuentren, existe la noble e ingenua suposición de que el pasaporte azul con escudo de águila dorado que los distingue como ciudadanos de los Estados Unidos es una garantía.

Garantía de que, si hubiera algún peligro, rápidamente el gobierno de Washington enviaría a la caballería, u hoy a los infantes de marina, para su rescate. No siempre ha sido así.

Billy Lee Hunt no era distinto del resto de la mayoría de los norteamericanos que creen eso.

Aunque llevaba casi dos décadas en la ciudad cuyana de Mendoza, Hunt, nacido en el estado de Tennessee el 6 de mayo de 1948, y radicado en la Argentina desde el 9 de abril del 54, conservaba aún su pasaporte norteamericano. Se sentía argentino, pero también ciudadano de los Estados Unidos.

“Él solía decirme: ‘Si me pasa algo, llámame a la Embajada norteamericana’ ”, recuerda la hermana de Hunt, Evie Lou, de 58 años, en su departamento de Mendoza. Y pasó. Y Evie Lou llamó a la Embajada norteamericana. Y poco logró.

El 8 de abril de 1977, Billy Lee Hunt se unía a las listas de tantos otros desaparecidos en la Argentina (en la provincia de Mendoza, suman más de 200, y se acaba de descubrir un campo de la fuerza aérea, Las Lajas, donde se sospecha hay más cadáveres enterrados). Esa fue la última ocasión en la que su madre Josefa, Evie Lou y una media hermana, Nancy, tuvieron noticias de él.

“El Billy” era un líder nato, de personalidad sensible y alegre, que disfrutaba lo mismo de tocar la guitarra que de involucrarse plenamente en actividades estudiantiles. No sólo era cantante, y de los buenos – su voz, según se escucha en una corta grabación que aún posee su hermana, recuerda a John Lennon – sino que era tan guapo como un ídolo de matiné.

“Había muchas chicas detrás de él”, recuerda riendo Teresita Bátiz, sicóloga radicada en Buenos Aires que se hizo novia de Billy cuando ella tenía 15 años. “Caminaba como bailando, y tenía una voz preciosa”.

Hunt formó parte de una de las primeras bandas de rock mendocinas, Los Caravelles, y rápidamente se dio a conocer en su pueblo adoptivo.

En un libro del 2001 sobre el rock de Mendoza, *Extramuros: La historia del rock mendocino*, la autora Graciela Cousinet, profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, sostiene que Billy había sido uno de los pilares de ese movimiento.

“Pude entrevistar a los otros miembros de la banda, y todos coincidían en que Billy era el eje de todas las reuniones”, dice Cousinet. “Muchos no podían creer que tuviera una

militancia política; algunos sí, pero la mayoría negaba la posibilidad de que tuviera actividad política porque lo habían encontrado en otra faceta”.

En 1973, Hunt entró a la Escuela Superior de Periodismo de Mendoza, donde cursó dos años. Atrás había quedado su carrera musical. Trabajó a la vez en varios negocios, siendo el último una tienda dedicada a la venta de artículos para caballeros. Era un joven pensante, inquieto, lleno de ideales y aspiraciones, parte de una generación que se sentía responsable de cambiar un viejo orden que encontraban decrepito, corrupto y anacrónico. Hunt canalizó sus intereses políticos e ideológicos mediante una militancia en la Juventud Peronista, que lo fue llevando hasta el seno de los Montoneros.

“El carisma de Billy era su mayor amenaza”, rememora Alberto “El Pato” Moral González, de 50 años, profesor de periodismo cuya hermana Ana María, militante montonera, se supone desapareció a la vez que Hunt. “Con Billy no había ametralladora, había una guitarra”.

El estudiante de alto perfil, el músico simpático, el promisorio periodista, era el tipo de persona que representaba un peligro para la Junta Militar y sus planes de reorganizar la vida en la Argentina. Billy, aunque no era tirabombas, claramente no cabía dentro del nuevo orden.

“Su personalidad lo llevó a elegir ese camino, extendiendo una mano a gente que no conocía”, dice otro amigo cercano de Hunt, Edgardo Riveros, de 48 años. “Nunca dudó en jugársela por alguien. Pero nadie, ni en ese momento ni ahora, puede imaginar que haya tenido el final que tuvo”.

Uno de sus colegas en la Juventud Peronista, Donato Lázaro Mamaní, amigo cercano y compañero de vivienda, no puede dejar de pensar que aún falta mucho por conocerse acerca de la tragedia de Billy y de los desaparecidos mendocinos. “En Mendoza no se

sabe todo lo que pasó”, considera Mamaní, de 55 años, en un restaurante de Buenos Aires. “Porque acá se sabe que hubo centros clandestinos, que se lanzaba gente al río, pero en Mendoza... nada. Es una gran incógnita, y un gran desafío para nosotros”.

El desafío de esperar por una justicia que a veces parece lejana y utópica. “Es probable que por las calles de Mendoza circulen todavía los que ejecutaron el secuestro de Billy y de tantos otros compañeros”, reflexiona Mamaní.

Según una posible reconstrucción de los hechos, la última noche en que se lo vio, Hunt se despidió de la que era su novia en ese momento y salió a una cita. Se encontró con Ana María Moral en la Iglesia de la Virgen de Fátima, calle Paso de los Andes, departamento de Godoy Cruz. Allí fueron emboscados y tiroteados por el ejército. Se especula que, o Moral falleció en el acto, mientras que Hunt fue arrestado para luego hacerlo desaparecer, o los dos murieron en la balacera.

Hunt, aunque operaba desde la clandestinidad, sabía que podía desaparecer en cualquier momento, como bien le contó a quien fuera su último compañero de cuarto, Rafael Bonino, de 53 años.

“En noviembre del 76, me encuentro con Billy. Me dice: ‘Necesito guardarme’. ‘Y... para un amigo, siempre hay lugar’, le dije yo”, cuenta con lágrimas en los ojos Bonino en un café de la peatonal Sarmiento, de Mendoza. “Pasó a vivir conmigo en diciembre del 76, hasta su desaparición”.

Para la compañera de militancia y amiga de Hunt, Alicia “Lichi” Larrea, de 50 años, “fue terrible lo de Billy, como son las pérdidas familiares. Comprendimos que nuestros ideales habían sido derrotados”.

Hasta el día de hoy, no se ha encontrado registro alguno de Hunt en ningún centro de detención, y tampoco ninguna dependencia castrense u policíaca admitió haberlo detenido en su momento. En aquel entonces, y tras no escuchar de él durante un día, su

hermana rápidamente se movilizó y acudió a amigos y familiares preguntando por el paradero del joven.

Entre 1977 y 1978, Evie Lou radicó ante el Juzgado Federal de Mendoza y el Poder Judicial cuatro recursos de hábeas corpus, el primero a tan sólo días, el 15 de abril, de su desaparición, pero todos fueron rechazados por la Corte. Ella visitó cuarteles de policía, hospitales, morgues y acudió a la Embajada norteamericana, pero fue en vano.

“Los americanos no hicieron nada”, se lamenta Evie Lou.

También acudió a un tío suyo, Alberto José “Tito” Raganato, militar de alto rango en la Fuerza Aérea Argentina, para que averiguara sobre el destino de Billy. Raganato no tuvo sino palabras de desaliento para su pariente, puesto que desaprobaba fuertemente las inclinaciones políticas de Billy.

“Siempre quedó la duda de hasta qué punto una persona puede sentirse identificada con una causa y sacrificar a un familiar o no, o si podía salvarlo o no”, reflexiona desde Miami Carlos Raganato, primo segundo de Billy, quien fue llamado a prestar el servicio militar obligatorio justo durante el tiempo de la desaparición.

“Cuando entré al ejército, había dos opciones”, continúa Raganato, de 47 años, quien sirvió 14 meses en la milicia. “Hacerme el tonto, que era lo que la mayoría de los soldados hacía, obedecer y callar, o la otra, que era más peligrosa... Querer inmiscuirme, cosa que pensé, para saber de mi primo”.

Con el paso de los años, la hermana de Hunt no perdió la esperanza de que se enteraría de algo con relación a Billy. Pero no fue así. En el cementerio de la capital mendocina, en el departamento de Las Heras, existe un área de fosas (cuadro 33) en el que se enterraron desaparecidos no identificados (los NN). Allí “El Pato” Moral González encontró a su hermana, cuando junto a su padre desenterró una calavera e identificó la dentadura de Ana María.

Moral pudo darle algún tipo de cierre a la herida tan profunda que había causado la desaparición de Ana. Esa agrídulce bendición, sin embargo, no la ha tenido la familia Hunt.

“El único resarcimiento para nosotros es saber qué pasó con nuestros desaparecidos”, explica María del Carmen Gil de Camín, “La Pocha”, coordinadora del capítulo mendocino del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH), uno de los primeros organismos de derechos humanos creados en pleno comienzo de la dictadura.

La Pocha no sólo ha documentado el caso de Hunt, sino que ella misma sufrió en carne propia las desapariciones de su cuñado y su sobrino.

En la sala del departamento de Evie, sonrío desde unas fotos su hermano Billy. Ella nunca se casó y se dedicó a trabajar en una notaría pública y luego en una empresa eléctrica. Tras su retiro en 1999, se convirtió en empresaria de la construcción.

Hay una causa abierta en manos de los abogados Pablo Salinas y Alfredo Guevara Escayola que busca justicia en nombre de Billy Lee Hunt y de otros desaparecidos en Mendoza. El MEDH no ha archivado el caso. Y como su hermano, Evie Lou jamás entregó su ciudadanía norteamericana, en espera de regresar algún día a Tennessee. De visita.

“Mi madre en una ocasión consideró la posibilidad de que nos volviéramos a Tennessee”, recuerda con nostalgia Evie Lou. “Pero en esa época, estaba la guerra en Vietnam, y ella pensó que el Billy estaría más seguro aquí. Así que nos quedamos, y mirá lo que sucedió”.

El *dantzari* (bailarín) comprometido

La tragedia de Jon Pirmin Arozarena no era desconocida del todo, pues figura como uno de los 711 casos que se utilizaron para emitir “La Sentencia”, dictada el 9 de diciembre de 1985 por la excelentísima Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y

Correccional Federal de la Capital Federal, y que editó en dos tomos la Imprenta del Congreso de la Nación en 1987.

La sentencia encontró culpable a nueve de los principales comandantes de la Junta.

“La fiscalía seleccionó unos casos, en los cuales se basan las condenas. Se analizaron caso por caso, comandante por comandante”, explica Ricardo Fava, antropólogo del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), organización no gubernamental fundada en 1979, que trabaja en la promoción y protección de los derechos humanos y el fortalecimiento del sistema democrático y el Estado de Derecho en la Argentina.

Lo que el *Caso no. 104: Arozarena, Jon Pirmin* no difundió es que Arozarena había sido ciudadano estadounidense. Nació en Caracas, Venezuela el 20 de junio de 1951 de un padre con ciudadanía de los Estados Unidos, pero a la edad de 22 años solicitó y se convirtió en ciudadano argentino, lo que anuló la ciudadanía norteamericana.

Jon Pirmin era uno de cuatro hijos – junto con Ramón Javier, Mikel Joseba y Miren Amaya – de Ramón Ignacio Arozarena Landa, vasco nacido en Filipinas cuando las islas eran todavía territorio de los Estados Unidos, casado con María Angeles Larregui.

Cursó estudios de primaria y secundaria en el colegio bilingüe Lange Ley, y luego ingresó a la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde se puede apreciar una placa con los nombres de los desaparecidos de esa facultad, incluyendo a Jon.

“A Jon le faltaban dos materias para hacerse ingeniero”, recuerda Ramón Javier, cardiólogo de 49 años, desde sus oficinas en la calle Larrea. “Era muy dinámico, muy luchador. Y en lo físico, más bajo y más delgado que yo”. Aunque no hablaba la lengua euskera, Jon vivía orgulloso de su ascendencia vasca. Dirigía el cuerpo de danza del Centro Vasco de Buenos Aires en la avenida Belgrano y disfrutaba jugar de la pelota vasca en trinquete también.

“Era un buen ser humano, con conciencia social, comprometido con la vida y con el mundo”, recuerda su hermana menor, Miren Amaya, de 43 años, que trabaja como secretaria de la Federación de Entidades Vascas de la Argentina en el mismo Centro Vasco en el que Jon era tan querido. “Y por el lado ligero, era divertido con el mundo. Le gustaba la música, el folklore”.

Junto a su hermano Ramón Javier, Jon compartía el idealismo de luchar por una sociedad mejor. Ramón Javier militaba en la Juventud Peronista, pero Jon y su novia, Adriana Zorrilla, estaban comprometidos con el Peronismo de Base (el peronismo más radical).

“Yo trabajaba a nivel barrial, entregando volantes en las casas, hablando con gente en las villas”, relata el médico. “Ya para el 75, con Isabelita y [José] López Rega, la mayoría dejó de militar”.

Jon no.

Su amigo Carlos López Echagüe, también detenido, agrega: “Jon estaba en un ala más radicalizada. El peronismo de base era un peronismo revolucionario, e ideológicamente estaba convencido de lo que hacía. Creo que por eso lo habrán hecho desaparecer. Pero inocentes son todos. Lo que se hizo acá fue un horror, que debió haber sido combatido por medios legales”.

Porque conocían a un alto dirigente montonero llamado Carlos Valladares, “La Oveja”, el hogar de la familia Arozarena en la calle Arias recibió el 27 de abril la violenta visita de cuatro hombres armados que intentarían llegar al guerrillero a través de Jon.

“[Carlos] Valladares sacaba gente del país, y tenía la orden de sacar a [Rodolfo] Walsh”, recuerda el amigo de Jon, otro detenido, Pedro “Perico” Greaves, desde su departamento en la avenida Belgrano.

El 30 de abril, Jon y Adriana serían privados de la libertad.

Quince día más tarde, Ramón Javier, junto a Greaves y a López Echagüe, fue llevado por dos individuos vestidos de civil a un lugar que Arozarena sospecha fue el notorio centro de detención Campo de Mayo. Ahí escuchó la voz de su hermano Jon.

El padre de Jon, que se había educado y formado profesionalmente en los Estados Unidos, radicó recursos de hábeas corpus y acudió a la embajada de su país en busca de ayuda.

Pero la Embajada americana buscó zafarse del “problema” que su desaparición pudo haber constituido cuando los diplomáticos se enteraron de que Jon había cambiado de nacionalidad. Eso queda en evidencia en un cable de 1977, hoy desclasificado, que le envía el embajador Hill al secretario Kissinger:

Solicito asesoría sobre si debemos continuar con servicios de protección mientras pende la adjudicación de la ciudadanía o si la evidencia sólida de la naturalización voluntaria como argentino a la edad de 22 nos saca del cuadro. Hill

La familia Arozarena recibió la indemnización del Estado que le correspondía según la Ley 24.411 (Ley de beneficio a las personas ausentes por desaparición forzada y a las fallecidas como consecuencia del accionar de las fuerzas armadas) pero, al igual que con tantas otras familias, ello poco sirvió para paliar el dolor de la pérdida de Jon.

La periodista que se convirtió en noticia

El caso de Toni Agatina Motta es probablemente el más frustrante de los tres examinados aquí porque es el que menos información ofrece.

Comenzando por el hecho de que el propio gobierno argentino en su momento ni siquiera admitió que Motta, periodista estadounidense nacida en Brooklyn, Nueva York, y de familia italiana americana, había entrado al país en los días en los que supuestamente tuvo lugar su desaparición. Motta desaparece además tardíamente en el Proceso, el 1ro. de noviembre de 1980, cuando ya los supuestos enemigos del gobierno habían sido

eliminados. La periodista tampoco residía en la Argentina, sino en Italia, donde había colaborado con un diario en inglés, *International Daily News*, en ese país.

No hay evidencia de que Motta estuviera involucrada en algún tipo de actividad que pudiera ser considerada delictiva por los militares argentinos. La compañía que guardó, sin embargo, pudo haber sido el principio de su fin.

Motta estaba relacionada afectivamente con un italoargentino llamado Salvatore Privitera, que residía en Italia tras haber sido expulsado de la Argentina en 1979 y haberse prohibido su entrada al país por una supuesta militancia montonera. En su viaje a la Argentina, Motta fue acompañada por Privitera.

La cronología de los últimos contactos de Motta la proveyó la familia de ésta a funcionarios estadounidenses en el Consulado americano en Palermo, Sicilia:

- Toni Agatina Motta parte de Italia a mediados de febrero de 1980.
- El 20 de marzo de ese año su familia en Italia recibe una postal desde Madrid, España.
- Otra postal el 8 de abril, esta vez desde México.
- Carta recibida el 13 de abril desde México.
- El 5 de mayo, llega una carta desde México en la que Motta relata que partirá en avión hacia Lima, Perú, junto a su compañero de viajes. Luego de tres o cuatro días, programa ir a Asunción, Paraguay, desde donde tomarían un bus dos o tres días después para llegar a Buenos Aires. En la capital argentina planifican quedarse tres semanas.
- Nota breve recibida desde Perú el 9 de mayo, en la que Motta avisa que sale hacia Paraguay.
- También el 9 de mayo llega una postal desde Lima, Perú.
- El 4 de junio, la familia Motta recibe una carta desde Bogotá, Colombia, en la que la periodista notifica sobre su partida hacia Buenos Aires.
- Llamadas telefónicas: procedentes de distintos puntos a lo largo del viaje hacia la Argentina.
- En agosto de 1980, la familia Motta recibe la última llamada telefónica de Toni Agatina. La conversación entre ella y su madre, Clelia, es corta, y la madre de la periodista encuentra a su hija alterada y con miedo. La víctima informa que partiría esa noche hacia Paraguay o Uruguay en avión.

“Mi madre solía quedarse despierta hasta tarde para ver la tele, y una noche Toni llamó desde Buenos Aires”, recuerda vía telefónica desde Modena, Italia, Roberto Carlo Motta,

uno de los hermanos de Toni Agatina. “Le dijo a mamá que partía esa noche para Uruguay o Paraguay, mamá no escuchó bien. La conversación fue muy corta. ‘Me tengo que ir ya, mamá. Te llamó cuando llegue’. Mi hermana nunca hubiera actuado así.”.

Roberto Motta, de 49 años, es músico, soltero, ciudadano de los Estados Unidos que habla en inglés con leve acento italiano. A través de numerosas conversaciones telefónicas, se percibe una completa adoración por su hermana.

“Toni es lo primero en lo que pienso cuando me levanto por la mañana, y lo último en lo que pienso. Siempre está en mis oraciones”, reflexiona.

Fue él, de hecho, quien llevó a cabo todos los esfuerzos por dar con ella.

“Viajé a los Estados Unidos y me reuní con muchas personas, algunas de ellas muy influyentes”, continúa. “Amnistía Internacional, el Departamento de Estado, la Embajada Argentina en Washington, DC, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos, asistentes de varios congresistas, el Council of Hemispheric Affairs... y fue muy poco lo que obtuve”.

La frustración todavía se palpa en las palabras de Motta.

“Tenía mucha fe. Mucha fe en el gobierno norteamericano”, recuerda el hermano de la desaparecida. “Toda mi vida he creído en las leyes, y aunque llevo muchos años en Italia, todavía me siento americano por dentro y por fuera, aunque por una u otra razón no viva en los Estados Unidos. Para mí, mi bandera es la americana”.

Toni Agatina Motta figura escuetamente, en unas dos líneas, en un libro sobre periodistas desaparecidos en la Argentina, *Con vida los queremos*, publicado en 1987. Ella tiene el triste honor de ser la última periodista que desaparece durante la dictadura. Así se lee en la página 8 del libro:

Toni Motta desaparece en noviembre de ese año, y cierra el ciclo trágico de nuestros compañeros desaparecidos.

En los documentos desclasificados por el Departamento de Estado norteamericano con relación a Motta, se relatan los esfuerzos por parte del gobierno de Estados Unidos para determinar a través de la Dirección Nacional de Migraciones en la Argentina si la periodista había entrado o no al país.

La Embajada norteamericana en Buenos Aires concluyó que, dado que Migraciones afirmó que no había registro alguno que mostrara la entrada o la salida de Motta y de Privitera del país, de haber entrado, es muy probable que la pareja lo hubiera hecho con documentos de identidad falsos.

Su hermano niega que Toni estuviera metida en problemas políticos.

“Toni se enamoró de Salvatore Privitera y lo siguió a la Argentina. Fue lo peor que pudo haber hecho”, analiza Motta. “Ella partió dos semanas después que nuestro padre, Antonio, falleciera de cáncer. Yo estaba aturdido luego de ocho meses de verlo sufrir. Los llevé al aeropuerto, pero no sabía a qué iban. Sí sé que a Toni lo que le interesaba era viajar; nunca le interesó la política. Si hubiera sabido que este tipo iba a causarle problemas, no le habría permitido que se marchara con él”.

La desaparición de Privitera también ha quedado sin esclarecer.

Como en cualquier caso en el que se comienza un pedido de indemnización, en el de Toni Agatina Motta tendrá que declararse su muerte presunta. Según Hugo Pruzzo, jefe del área de América Latina en las oficinas en Milán, Italia del estudio jurídico Olivetti, De Naro Papa, Ferro, que representa a Roberto Carlo Motta, “las motivaciones no son económicas. Es hacer que se reconozca que alguien obró mal y que le devuelvan una mínima parte de la verdad. Lo que estas personas en realidad quisieran cobrar, es saber qué les pasó a sus seres queridos”.

Los Olvidados

Con la llegada en 1980 del presidente republicano Ronald Reagan, la documentación con respecto a Billy Lee Hunt y a Jon Pirmin Arozarena prácticamente se reduce a cero. Sólo aflora la de Toni Agatina Motta, porque ella desaparece en el 80 y la Embajada hace algunos intentos por rastrearla hasta 1983.

A mediados de los 80, los casos quedan archivados. Con fecha del 4 de mayo de 1984, el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina, Dirección General de Derechos Humanos, responde a una nota de la Embajada americana del 10 de enero del mismo año en la que detalla el resultado de una investigación sobre los desaparecidos norteamericanos:

Hunt, Billy Lee... Paradero con resultado negativo. Arozarena, Jon Pirmin... Paradero con resultado negativo. Con respecto a John Patrick Egan [el agente consular asesinado en 1975] y Toni Agatina Motta, no existen constancias sobre requerimientos de sus paraderos.

En 1997, por una visita del presidente demócrata Bill Clinton a la Argentina, dos organismos de derechos humanos, el Serpaj y las Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, le escriben al primer mandatario estadounidense para que inicie una investigación judicial que redunde en la apertura de los archivos en el Departamento de Estado relativos a la Argentina y hasta ese momento considerados “clasificados”.

Intentando despertar el interés de Clinton, en las misivas que se le enviaron se mencionan los casos de los desaparecidos norteamericanos.

Los Estados Unidos no pueden eludir la responsabilidad que les cabe por sus ciudadanos desaparecidos en la Argentina, dijo al diario *Página / 12* el fundador de Serpaj Adolfo Pérez Esquivel, en octubre de 1997.

Nora Cortiñas, de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, declaró: ... *que el presidente Clinton sepa que durante la dictadura también desaparecieron ciudadanos*

norteamericanos y le reclame al presidente Menem una respuesta sobre qué pasó con ellos. (Página / 12, 15 de octubre 1997).

¿Y la respuesta?

“Nunca llegó”, afirma Juan De-Wandelaer, de Serpaj, quien dio seguimiento durante algún tiempo a los casos.

En noviembre de 1997, la oficina del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH) de Mendoza, escribió al entonces cónsul general de Estados Unidos en esa ciudad, Bryant J. Salter, para que reabriera el caso de Billy Lee Hunt, paralizado por haberse sancionado la Ley Nacional No. 23.251, mejor conocida como Ley de Obediencia Debida.

La respuesta de Salter al MEDH fue que, judicialmente, el gobierno de Estados Unidos no podía hacer nada en territorio extranjero.

En el 2004, con el inicio de esta investigación periodística, se contactó a un agente de inteligencia de la Embajada americana en Buenos Aires. Este habló “off the record” y pidiendo el anonimato:

“Llegué a la Embajada en el 2003, y todo el material que quedaba de esa época se envió a Washington, DC o se guardó electrónicamente. Tampoco había mucho, pues cada dos años todo se limpia”, señaló el oficial. “Veré qué puedo encontrar”.

A pesar de posteriores intentos por obtener información, el oficial nunca devolvió llamadas o contestó correos electrónicos.

También se contactó a David Alarid, primer secretario, agregado laboral, que estuvo presente en un homenaje que se le rindió a Tex Harris durante su visita a Buenos Aires en noviembre del 2004. Alarid se comprometió a buscar información e incluso a ofrecer

ayuda a los familiares de ser necesario. Cuatro llamadas más tarde, la respuesta de Alarid siempre era la misma: “Aún no he tenido tiempo de buscar, llame en un mes”. En enero del 2005, se radicó una petición en el Freedom of Information Act (FOIA) de los Estados Unidos para que investigara si había algún material aún clasificado sobre estos tres casos y que de ser así, se desclasificara. La FOIA envió una carta afirmando que aceptaba la petición y que daría inicio a la búsqueda.

En marzo de este año, a través del diario La Nación, se buscó una respuesta oficial por parte de la Embajada de Estados Unidos con relación a los casos de sus tres ciudadanos desaparecidos.

Jaime López Recalde, a cargo de las relaciones con la prensa en la Embajada, contestó electrónicamente que pasaría la información a las partes correspondientes, pues el asunto no le competía a él. Una semana más tarde, al ser contactado nuevamente, repitió no tener datos todavía. Otra semana más tarde, la respuesta fue igual. Poco antes de la entrega de este proyecto, su contestación seguía siendo la misma.

Casi 30 años después de las desapariciones de Billy Lee Hunt, Jon Pirmin Arozarena y Toni Agatina Motta, la falta de información aún agobia a sus familias.

Los organismos de derechos humanos y las dependencias del gobierno argentino que tratan estos casos no tienen más datos que los expuestos aquí. El gobierno de Estados Unidos podría poseer más material del que ya ha revelado pero, si lo tiene, todavía no ha visto la hora de hacerlo público. Y las agencias de inteligencia argentinas, como la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), si es que no han destruido todo, no se ven en la necesidad de entregar informes ya que en la Argentina no ha entrado en vigencia todavía su ley de acceso a la información, aprobada por el Senado, que podría devenir en la apertura de archivos.

Mientras estas condiciones perduren, no habrá capítulo final en éstas y muchas otras tragedias similares.

Bibliografía:

1. Americas Watch y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). *Verdad y justicia en la Argentina. Actualización*. Americas Watch y CELS, 1991.
2. Asociación de Periodistas de Buenos Aires. *Periodistas Desaparecidos: Con vida los queremos*. Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, 1987.
3. Asociación Madres de Plaza de Mayo. *Massera: El genocida*. Editorial La Página S.A., sin fecha de publicación.
4. AUNAR (Asociación Unidad Argentina). *Subversión: La historia olvidada*. AUNAR, 1998.
5. Brienza, Hernán. *Maldito tú eres – El caso Von Wernich. Iglesia y represión ilegal*. Editorial Marea, 2003.
6. Calamar, Enrico. *Niente Asilo Politico: Diario di un console italiano nell'Argentina dei desaparecidos*. Editori Riuniti, 2003.
7. Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal de la Capital Federal. *La Sentencia*. Imprenta del Congreso de la Nación, 1987.
8. Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). *Terrorismo de estado. 692 responsables*. CELS, 1986.
9. CELS y otros nueve organismos de derechos humanos. *Culpables para la sociedad. Impunes por la ley*. CELS, 1988.
10. Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). *Informe sobre la situación de los derechos humanos en la Argentina*. Organización de Estados Americanos (OEA), 1979.
11. CONADEP. *Nunca Más – Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas CONADEP*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1985.
12. Cox, David. *En honor a la verdad: Memorias desde el exilio de Robert Cox*. Ediciones Colihue S.R.L., 2002.
13. Dinges, John. *The Condor Years*. The New Press, 2004.
14. Feitlowitz, Marguerite. *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*. Oxford University Press, 1998.
15. Hauser, Thomas. *Missing* (publicado primero como *The Execution of Charles Horman*). Avon, 1982.
16. Kornbluh, Peter. *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*. The New Press, 2003.
17. Luna, Félix. *Todo es Historia* (revista). Ejemplares: octubre de 1998, marzo del 2001, septiembre del 2002.
18. Marchak, Patricia. *God's Assassins: State Terrorism in Argentina in the 1970s*. McGill-Queen's University Press, 1999.
19. Mellibovsky, Matilde. *Circle of Love Over Death: Testimonies of the Mothers of the Plaza de Mayo*. Curbstone Press, 1997. Neilson, James. *En tiempo de oscuridad 1976 / 1983*. Emecé Editores, 2001.
20. Mochkofsky, Graciela. *Timerman: El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Editorial Sudamericana, 2003.
21. Novaro, Marcos y Palermo, Vicente. *Historia Argentina: La dictadura militar 1976 / 1983. Del golpe de estado a la restauración democrática*. Paidós, 2003.

22. Quesada, María Sáenz. *Isabel Perón: La Argentina en los años de María Estela Martínez*. Grupo Editorial Planeta, S.A.I.C., 2003.
23. Rimel, Eduardo. *La masacre de San Patricio – 20 años del martirio de la comunidad palotina*. Ediciones Lohlé-Lumen, 1995.
24. Rotenberg, Abrasha. *La Opinión Amordazada: La lucha de un periódico bajo la dictadura militar*. Taller de Mario Muchnik, 2000.
25. Seoane, María y Muleiro, Vicente. *El Dictador: La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Editorial Sudamericana, 2001.
26. Turolo, Carlos M. *De Isabel a Videla. Los pliegues del poder*. Editorial Sudamericana, 1996.
27. Verbitsky, Horacio. *El Vuelo: Confesiones de un oficial de la Armada*. Editorial Sudamericana, 2004.
28. Woodrow Wilson International Center for Scholars y CELS. *Relaciones Bilaterales entre Argentina y Estados Unidos. Pasado y Presente*. Compilado por Cynthia J. Arnson con Tamara P. Taraciuk. Woodrow Wilson International Center for Scholars, 2004.

Documentales:

1. *Escuadrones de la muerte: la escuela francesa*, de Marie-Monique Robin, Arte France y Canal +, Francia, 2003.
2. *Nietos (identidad y memoria)*, de Benjamín Avila, Primer Plano, Argentina, 2003.
3. *Ser periodista bajo el culto del miedo y de la muerte*, partes I, II, III y IV. The Freedom Forum, Argentina y Estados Unidos, 1999.

Otros medios (archivos e Internet):

The New York Times, The Washington Post, La Nación, Clarín, Página / 12, Buenos Aires Herald, AP, The National Security Archive, U.S. Department of State.

Personas consultadas y / o entrevistadas (sin orden específico):

1. Ricardo Fava, investigador del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).
2. Lucy Di Genova, bibliotecaria del Information Resource Center (IRC), de la Embajada de Estados Unidos de América en Buenos Aires.
3. Juanita Pargamint, de la Asociación Madres Plaza de Mayo.
4. Laura Bonaparte, de la Línea Fundadora de las Madres de Plaza de Mayo.
5. Paola Ingegneri, investigadora de CONADEP, Secretaría de Derechos Humanos.
6. Sarah Hartwell, supervisora, Biblioteca de la Universidad de Dartmouth, New Hampshire, Colección de documentos del antiguo embajador de EE.UU. en la Argentina Robert Hill.
7. Claudio Jacquelin, diario La Nación.
8. Hugo Caligaris, diario La Nación.
9. Martín Edwin Andersen, autor de *Dossier Secreto: El mito de la guerra sucia* (Editorial Sudamericana, 2000).
10. Anónimo, funcionario de inteligencia de la Embajada de EE.UU. en Buenos Aires.

11. David A. Alarid, primer secretario, agregado laboral, Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires.
12. Ramón Javier Arozarena, hermano del desaparecido Jon Pirmin Arozarena.
13. Evie Lou Hunt, hermana del desaparecido Billy Lee Hunt; Mendoza.
14. Edgardo Riveros, amigo de Billy Lee Hunt; Mendoza.
15. Rafael Bonino, último compañero de departamento de Billy Lee Hunt; Mendoza.
16. Tex Harris, diplomático norteamericano, Embajada de EE.UU. en Buenos Aires, a cargo de investigar las violaciones a los derechos humanos, de 1977 a 1979.
17. Jeanie Harris, esposa de Tex Harris.
18. Carlos Osorio y Cecilia Golombek, The National Security Archive, George Washington University, Washington, DC.
19. Alberto "Pato" Moral González, periodista amigo de Billy Lee Hunt, hermano de la desaparecida Ana María Moral; Mendoza.
20. Hugo Lanci, abogado en derecho civil, presentó varios recursos de hábeas corpus en Mendoza durante la dictadura.
21. María del Carmen Gil de Camín, "La Pocha", coordinadora del Movimiento Ecueménico de Derechos Humanos (MEDH); Mendoza.
22. Elba Morales, investigadora del MEDH; Mendoza.
23. Alicia Larrea, "Lichi", amiga militante de Billy Lee Hunt; Mendoza.
24. Guillermo Martínez Agüero, Polo, líder montonero en Mendoza.
25. Pedro Greaves, amigo del desaparecido Jon Pirmin Arozarena.
26. Teresita Bátiz, ex novia de Billy Lee Hunt.
27. Arnaldo Musich, antiguo embajador argentino en EE.UU., 1976.
28. Raúl Castro, antiguo embajador de EE.UU. en Buenos Aires, 1977-1980.
29. Hugo Pruzzo, uno de los abogados que lleva el caso de indemnización de la desaparecida Toni Agatina Motta.
30. Donato Lázaro Mamaní, amigo cercano de Billy Lee Hunt.
31. Jaime López Recalde, especialista en información, Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires.
32. Miren Arozarena, hermana de Jon Pirmin Arozarena.
33. Gabriela Miño, bibliotecaria de La Nación.
34. Jan De-Wandelaer, investigador de Serpaj.
35. Patricia Ann Erb, estadounidense detenida y torturada durante el Proceso, en 1976; residente en Cochabamba, Bolivia.
36. Dan Swanson, estadounidense detenido en Santiago del Estero, 1975.
37. Christopher Winner, antiguo jefe de la desaparecida Toni Agatina Motta.
38. Roberto Carlo Motta, hermano de Toni Agatina Motta.
39. Carlos López Echagüe, detenido durante el Proceso, amigo del desaparecido Jon Pirmin Arozarena.
40. Carlos Raganato, primo segundo de Billy Lee Hunt; Miami.
41. Nancy Raganato, media hermana de Billy Lee Hunt; Mendoza.
42. Graciela Cousinet, profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
43. Rubén Calmels, Capacitación, diario La Nación.